

TERESA SAN ROMÁN

Educar para la escuela o educar ¿para qué vida?

Tenemos nuevamente el privilegio, en la revista *Gitanos*, de contar en esta sección de A fondo con un artículo de Teresa San Román, una de las mentes más lúcidas y respetadas en el ámbito de la investigación y reflexión sobre temas gitanos. Si bien su disciplina profesional ha sido la Antropología Social (recientemente se jubiló como catedrática en la Universidad Autónoma de Barcelona), las cuestiones educativas siempre han estado muy presentes en sus investigaciones¹ y, por este motivo, le hemos solicitado una reflexión sobre el momento actual de este complejo asunto, como pieza angular de este nuevo número que dedicamos en la revista a la “Educación y la comunidad gitana”.

Teresa San Román Espinosa, que cuenta entre sus más recientes reconocimientos con la Cruz de Oro de la Orden Civil de la Solidaridad Social, el Premio ‘8 de abril’ de Investigación o el Premio Vicens Vives a la calidad docente universitaria... es también conocida y reconocida, por payos y gitanos, por su independencia y valentía a la hora de tocar cualquier tema, algo cada vez más de agradecer en estos tiempos que corren y sobre temas tan complejos como este que nos convoca aquí.

Hace poco, la FSG hacía pública su voluntad de movilizar a toda la sociedad, gitanos, payos e instituciones, para lograr que los niños y jóvenes gitanos tengan estudios que les sitúe mejor en su vida y les haga personas cada vez mejores. Me pidieron hace algún tiempo que escribiera sobre ello y, sinceramente, me ha sido extraordinariamente difícil. Es tanto lo que habría que decir, son tantos los problemas que abordar, son tantas las soluciones que criticar para bien o para mal y tantas las reflexiones y experiencias que tener en cuenta para proponer alternativas, que enseguida supe que me sería imposible cumplir con mi compromiso en un texto breve.

Tenía entonces dos alternativas: una era abordar un tema concreto y profundizar en él, pero ha resultado ser una mala opción, porque difícilmente puedes hablar de algo pasando por alto otras cuestiones que la están condicionando o sustentando. Probé entonces a hacer un balance general, pero el peaje ha sido la vaguedad y la falta de compromiso aparente porque me llevaba a adentrarme en la sola enumeración de los problemas. Finalmente me decidí por escribir sobre lo que, globalmente, más me preocupa, a pesar de que sigue siendo demasiado general, demasiado programático y poco con-

creto. Utópico, eso ya lo sé. Pero os diré una cosa: quien no se contenta más que con la realización de la utopía, acaba inútilmente inmovilizado, pero quien no tiene una utopía que le guíe es como querer orientarse en el desierto o en medio del mar sin plano ni brújula. La utopía no es el camino sino la orientación del paso que nos hace elegir constantemente entre caminos que se cruzan. Es la que señala el rumbo. Con cierto miedo, os hablo de lo que creo y que no todos creerán ni tienen por qué hacerlo. Pero solo puedo, honestamente, decir cuál es el rumbo que propongo.

Entre la integración y la exclusión

La educación en valores y cívica, educación en conocimiento y capacitación intelectual, artística y física, educación para el trabajo, son aspectos fundamentales de la tarea educativa, en definitiva, para la formación de las personas para la vida en sociedad. Podría decirse más y posiblemente mejor, pero esta selección de funciones de la enseñanza, expresada de una forma tan poco adecuada a un profesional de la educación, cosa que no soy, me preocupa porque afecta a aspectos importantes del desarrollo social, cívico, económico y político de gitanos que están situados de formas muy

¹ En el especial “Alrededor de Teresa San Román” de la *Revista de la Asociación de Enseñantes con Gitanos* (nº28, 2010), puede encontrarse abundante documentación sobre la autora y sus reflexiones sobre el ámbito educativo.



El President de la Generalitat entrega el premio Vicens Vives a Teresa San Román (15/09/2010)

- Quien no tiene una utopía que le guíe es como querer orientarse en el desierto o en medio del mar sin plano ni brújula. La utopía no es el camino sino la orientación del paso que nos hace elegir constantemente entre caminos que se cruzan. Es la que señala el rumbo

- El proyecto educativo común, acogiendo a cada uno de ellos, tiene que aspirar a un cambio social real, factible, y a una inserción cultural respetuosa por parte de todos que mantenga la convivencia cívica en la primera línea para todos

diversas y desiguales, entre ellos mismos, en el contexto de una cultura y una estructura social estratificada, como es la nuestra, la del Estado español y cada una de sus Comunidades.

Ya sabemos que los gitanos, especialmente los más pobres y los marginados (sinceramente, los que más me preocupan), pero igualmente todos los que se reconocen como gitanos, están en una situación de tensión constante entre las fuerzas que les empujan a una integración en la sociedad, entre las que suelen estar sus propios intereses, y las fuerzas que les impelen a la exclusión en distintos grados y en diversos aspectos. Me he referido a esto muchas veces. Una integración realmente gitana, luchando por sobrevivir y vencer la tensión entre exclusión e inclusión social. Ese sería el objetivo. Y la educación es imprescindible para construir ese empeño y lograrlo. No lo es todo, evidentemente, pero posibilita e impulsa ese proyecto colectivo.

Sin una convivencia igualitaria y respetuosa de unos para con los otros (con independencia de quiénes sean unos y quienes los otros), sin acuerdos de respeto mutuo en todas aquellas cosas que no interfieren en esa convivencia, (que es más exigente que cualquier elemento cultural de cualquiera que sea la persona), sin preparación para afrontar equitativamente las relaciones sociales y hacer valer la cultura, para ofrecer el apoyo a la construcción de nuestra común

sociedad pluricultural, para alcanzar y mejorar el trabajo que cada uno necesita y que nuestra sociedad precisa para existir y abrirse a nuestros hijos e hijas, sin todas esas cosas, nadie puede pretender que la vida social sea más justa, más variada, más abierta al progreso. De eso trata también la educación.

¿Para qué vida?

Pero entonces es cuando se nos plantean los temas de reflexión más acuciantes. El primero, especialmente importante para los propios maestros es la diferencia entre educación EN la escuela, educación de la escuela para la vida fuera de ella en la edad escolar y educación para la vida personal, social y laboral adulta. Se trata de procesos que a veces se olvidan unos a los otros, que se abordan sin intención como disyuntivos y no como lo que son: procesos de dialéctica social.

El que un niño esté contento en la escuela es la base para que pueda abrirse a ella y dejarse ayudar a crecer en todos los sentidos. Pero creer que la confianza ganada a los niños, su felicidad en la escuela es suficiente, sería más que temerario. El que las actitudes, las ideas y los comportamientos se vinculen exclusivamente a la escuela es una apuesta por la ineficacia, por mucho que ayuden al mantenimiento psíquico sano de un profesor (que tiene derecho a él, por otra parte). Cuando durante el período escolar la escuela es una esfera cerrada al barrio, a los problemas de los padres y las familias, a la vida de las calles y la inserción de los niños en todo ello, la escuela es un mundo de cristal en el que se ve el exterior pero con el que nunca se toma contacto; y difícilmente serán los niños los que hagan por sí solos la síntesis. La confianza mutua entre padres y maestros ayuda a los niños a hacerla. Y la relación necesaria entre escuela y contexto de esa escuela y de esos niños en concreto se hace más necesaria cuanto mayor sea la distancia entre la sociedad y ese contexto concreto, cuanto mayor sea el nivel de marginación, si es que lo hay. Las fórmulas del día de puertas abiertas o de fiesta con las familias son buenas para situaciones normalizadas pero insuficientes por completo, sobre todo en las excluidas e incluso, a veces, contraproducentes. Es decir, las relaciones entre el maestro y el contexto de sus alumnos se construyen con mucho más tiempo, esfuerzo y dedicación cuanto mayor es el abismo o la brecha que separa el mundo escolar del cotidiano de los niños y de sus familias.

Por otra parte, esta educación en la escuela para la vida escolar y la extraescolar, es decir, para la vida en la escuela y en el resto del mundo que la rodea, abre casi todas las puertas a una verdadera educación, pero también es insuficiente. No basta con pensar en el presente. Hay que pensar en su futuro. Y aquí hay otros muchos problemas conocidos.

La falta de continuidad escolar, en la que las familias tienen mucho que decir, se alía a veces con el extrañamiento de las enseñanzas escolares de las posibilidades de futuro de los alumnos y eso sus familias lo saben y los niños también. Tan malo es educar a un niño chabolista PARA que sea feliz en su chabola por siempre, como para que sea obrero manual especialmente, como para que sea ingeniero industrial o matemático y solo eso. Puede que lo sea, pero la frustración es masiva cuando las expectativas se sitúan SOLAMENTE en posiciones de la sociedad que son las más inalcanzables en principio. Una posición realista pero orientada a la superación por parte de la escuela, es fundamental, creo yo, para abrir ilusiones que se

eleven y para acometer proyectos asequibles que ya de por sí sean una mejora.

Cada niño podrá crecer en calidad personal, capacidades y conocimiento lo que pueda y hasta donde realmente se le ayude. Pero el proyecto educativo común, acogiendo a cada uno de ellos, tiene que aspirar a un cambio social real, factible, y a una inserción cultural respetuosa por parte de todos que mantenga la convivencia cívica en la primera línea para todos.

Las dificultades son inmensas y ya sé que es muy fácil hablar y muy difícil hacer lo que se predica. Pero también es cierto que sin unos planteamientos claros de hacia dónde quiere irse, puede esperarse cualquier cosa. Y lo que acabo de exponer plantea temas de debate demasiado serios, profundos y difíciles como para que pueda abordarlos en solitario. Precisan del debate, la negociación, incluso, y el consenso al que nadie puede llegar sólo.

Para los maestros implica lo que posiblemente he expuesto con más claridad: un inmenso esfuerzo, una voluntad de entrar en la vida del barrio, la calle y la familia, un desgaste personal inevitable que solo se puede resistir con paciencia y con ilusión, sin precipitación pero decididamente.

Para los gitanos, la otra cara de esta misma moneda, implica saberse educadores y saber para qué se quiere educar a los hijos. Los problemas no puede resolverlos la escuela por sí misma. El niño es uno, una sola persona, que recibe influencias e instrucciones diferentes por parte de sus padres, del conjunto de sus familias, de los amigos, de los medios de comunicación, de los juegos y, desde luego, también de la escuela e importante. Pero la escuela poco puede hacer si todo lo demás empuja al niño hacia otro lado, tira de él hacia otro lado.

Cosas como los medios de comunicación dependen poco de nosotros, pero hay otras muchas que sí. El peso fundamental de lo que una persona piensa y hace no lo decide la escuela, porque no es una fábrica que funcione con automatismos, ni debería serlo aunque pudiera, que no puede. El peso fundamental lo sostienen los padres y las familias, que son quienes dan ejemplo de cómo vivir, pensar, reaccionar, qué responsabilidades asumir y cuáles no, a qué temer, que odiar o amar, con quién solidarizarse y a quién ignorar. Aunque la escuela intente educar en todo ello e incluso aunque logre que

- Cuando durante el período escolar la escuela es una esfera cerrada al barrio, a los problemas de los padres y las familias, a la vida de las calles y la inserción de los niños en todo ello, la escuela es un mundo de cristal en el que se ve el exterior pero con el que nunca se toma contacto; y difícilmente serán los niños los que hagan por sí solos la síntesis

se practique en su seno, la fuerza del entorno y, en especial, de las familias, es poderosísima. Tirando a un niño cada uno por un brazo no se consigue una persona entera. Por eso es imprescindible que la escuela haga lo que tiene que hacer con toda exigencia y responsabilidad, pero lo mismo puede decirse de los padres. Que ambos estén de acuerdo en lo fundamental es imprescindible para que los hijos puedan disfrutar de los beneficios de una educación a la que, como personas, como ciudadanos, tienen derecho.

Más medios, menos resultados

Pues bien, fijémonos en esto que sigue. Me decían personas que conocen muy bien los problemas educativos de gitanos y de payos también, en los que confío por su bondad, su integridad y su conocimiento, que se está dando un retroceso en la escolarización de los hijos gitanos y un aumento de abandono prematuro de la escuela, especialmente en la Enseñanza Secundaria y como consecuencia, el correspondiente fracaso en los estudios y en la formación, desde los años 90 hacia aquí. Hemos empeorado.

Y esto merece una reflexión, porque existen ahora muchos más medios que hace veinte años. Más recursos de plaza escolar, becas para comprar los libros que se necesitan en la escuela, becas de comedor, intervención de promotores escolares y mediadores, casi siempre gitanos, pero que tampoco ellos pueden con los problemas, porque sean payos o sean gitanos su poder para cambiar las cosas es minúsculo cuando una niña se va de la escuela antes de tiempo, sea por las razones que sea, o cuando un niño no asiste cuando no le apetece o cuando ni uno ni otro llegan a escolarizarse cuando deberían hacerlo.

Hay una gran responsabilidad de las familias gitanas y vemos como no son pocas las que están volviendo a posiciones cómodas, que no requieran enfrentarse ni mucho ni poco con sus hijos/as, es decir, alejándose de su responsabilidad en la educación, reconociendo que no pueden con ellos, no ayudándoles. El que en el ambiente familiar no se les permita hacer los deberes, o no se les estimule, implica dos cosas. Una, esa desidia que es tan perjudicial para los hijos. Otra, que no parecen valorar que el esfuerzo que éstos hacen merezca la pena, abandonándoles para que realicen ese esfuerzo por ellos mismos, si quieren. Y eso quiere decir, no que no quieran a sus hijos, sino que no valoran el esfuerzo y la importancia de la escolarización.

- Es imprescindible que la escuela haga lo que tiene que hacer con toda exigencia y responsabilidad, pero lo mismo puede decirse de los padres. Que ambos estén de acuerdo en lo fundamental es imprescindible para que los hijos puedan disfrutar de los beneficios de una educación a la que, como personas, como ciudadanos, tienen derecho

Se equivocan, aunque es comprensible, pero merece la pena aclararlo. Por una parte, la escuela es el mejor lugar posible para que los niños y los chicos lleguen a saber cómo valorar la sociedad, comportarse en esta sociedad de forma integrada, cómo relacionarse con gentes de diferentes culturas, también la de los payos mayoritarios. Por otra parte, adquieren los conocimientos y las habilidades que les puede permitir cualificarse e integrarse en esta sociedad sin asimilarse a ella, es decir, siendo siempre gitanos.

Lo que me hace comprender a los padres gitanos es que pueden ver hoy cómo muchos jóvenes con estudios no encuentran trabajo, y eso es verdad. Pero es una situación transitoria en la que los más preparados, antes o después, van a ser necesarios y los menos preparados van a pasarlo peor. El problema no es que sea incomprensible este descenso del interés por la escuela de los hijos por parte de bastantes familias gitanas, sino el temor a que no puedan ver lo que ello supone en un mundo que exige de las personas esa formación, incluso aunque temporalmente no lo parezca. Lo que adquieren en la escuela no se consigue en ningún otro lugar, por mucho que fuera de la escuela se aprendan muchas cosas y lo que se aprende en los estudios no desaparece y, antes o después, da los frutos necesarios, no simplemente deseados.

Una tarea conjunta

Permitidme que añada algo más. Las familias, los padres, deberán saber que no se aprende ninguna cosa en la escuela por sí misma, que el aprender Historia o Mates o cualquier asignatura, está marcado inevitablemente por la cultura de la sociedad en la que se inscriben y necesita de la entrega personal y profesional de unos profesores que tienen una cultura diferente. Deberán saber que algunas costumbres y valores gitanos chocan con la convivencia (como los contrarios o la supeditación femenina intransigente tan propia de la relación entre hombres y mujeres gitanas, o considerar al payo como un objeto ante el que plantear estrategias más que como una persona con la que relacionarse y convivir), que son valores y costumbres que chocan la posibilidad de la vida cívica. Y puede que se decidan, cada uno de ellos, cada gitano y cada familia gitana que esté sufriendo, a exigir de la sociedad la equidad y justicia que se debe a los más pobres, a exigir la igualdad ante los más poderosos y a estar dispuesto a que se cumpla esta misma igualdad también ante los que lo tienen peor que nosotros, a exigir el respeto por la identidad gitana y respetar la que los payos, esa inmensa multitud de seres humanos, puedan tener. Y esas son todas cosas que solo significan, de forma algo más concreta, lo que decía desde las primeras líneas de este texto.

Es una tarea conjunta a la que ni todos los payos, ni todos los maestros ni todos los gitanos se van a apuntar. Pero es una propuesta, solamente, para reunirnos a algunos de nosotros, payos y gitanos que creemos en la igualdad, que respetamos las diferencias culturales que no atentan contra nadie (y no las que sí lo hacen, sean de gitanos o de payos o de esquimales), que afirmamos el valor de la educación, la necesidad de la escuela y las instituciones educativas en la formación de la persona, de cada individuo y del progreso en sociedad de todos y cada uno de los grupos, a todos los que queremos luchar por todo ello. No es más que una propuesta. A unos los pondrá en contra. Qué le vamos a hacer. A otros, espero, no. ●